

Asociación de Historia Contemporánea  
Actas del XIV Congreso

***DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES***  
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)  
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

*Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)*

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

# **LA FIGURA DE ANTONIO BARROSO Y CASTILLO: PROMOCIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LA BURGUESÍA PROVINCIANA EN LA RESTAURACIÓN**

Marcos Calvo-Manzano Julián  
(*Universidad de Córdoba*)

La investigación que aquí se presenta supone un análisis biográfico de la figura de uno de los políticos cordobeses más influyentes durante el periodo de la Restauración borbónica: Antonio Barroso y Castillo (1854-1916). El caso de Barroso es un ejemplo paradigmático del ascenso social y político de buena parte de la burguesía profesional provinciana durante el último tercio del siglo XIX y principios del siglo XX. A través del control de las corporaciones y clientelas locales esta burguesía provinciana fue capaz de construir un firme basamento desde el que impulsar sus proyectos de promoción desarrollados en la capital del país. Como tantos otros, Barroso combinó poder económico y poder político, constituyéndose como uno de los principales caciques de la provincia cordobesa a la vez que ocupó durante tres décadas su escaño como diputado del Partido Liberal-Fusionista e incluso carteras ministeriales bajo el reinado de Alfonso XIII. Pese a este imponente currículum su figura no ha sido estudiada en profundidad, cuestión que justifica su elección como sujeto de análisis. A su vez, a partir de este caso concreto pueden extraerse toda una serie de características generales, patrones de comportamiento y prácticas habituales de buena parte de aquella burguesía procedente de provincias que consiguió introducirse entre la élite política española de la Restauración.

Junto al género biográfico, este trabajo también se inserta en el conjunto de estudios sobre parlamentarismo, dado que se ha llevado a cabo un análisis pormenorizado de la actividad parlamentaria desarrollada por el político cordobés a lo largo de los treinta años prácticamente ininterrumpidos en que fue diputado, así como su labor como ministro en diferentes gobiernos.

## **Orígenes familiares y juventud (1854-1886)**

En la madrugada del 25 de octubre de 1854 nació en la casa familiar ubicada en la céntrica calle cordobesa actualmente conocida como «Ambrosio de Morales» Jesús María Barroso y Castillo. Hijo de Rafael Barroso y Lora, uno de los principales miembros del Partido Progresista de la ciudad y abogado de prestigio, y de María Pastora Castillo y Natera, hija de un comisario de guerra al frente de la Hacienda Militar de Córdoba, el joven Antonio llegaba al mundo en el seno de una de las familias más acomodadas de la ciudad califal.

La privilegiada posición de la familia se remonta como mínimo a principios del siglo XIX, al menos por parte paterna. El abuelo de Antonio Barroso y Castillo fue Antonio Barroso y Vargas (1788-1864), escribano público de número que instaló su despacho en la misma casa familiar donde nuestro biografiado llegó al mundo. Como era habitual entre la burguesía provinciana, la profesión del progenitor influía en la de sus descendientes. De esta manera, Rafael Barroso y Lora

siguió los pasos de su padre y continuó la tradición jurista, consiguiendo alcanzar una posición social más elevada y catapultando a la familia Barroso a la élite local.

Rafael Barroso y Lora (1825-1896) fue uno de los abogados más influyentes de Córdoba durante las décadas centrales del siglo XIX cordobés. Su actividad profesional fue compaginada con la política, ingresando en el Partido Progresista isabelino. Gracias a esta vinculación, llegaría a ocupar importantes cargos locales, incluyendo el de alcalde. A su vez, también fue miembro de la Diputación Provincial de Córdoba durante la monarquía de Isabel II y tras ella. Durante el Bienio Progresista (1854-1856) aprovechó la preponderancia de su partido para escalar socialmente; la desamortización de Pascual Madoz de 1855 le permitió comprar bienes de propios y tierras comunales en la ciudad y en la provincia en condiciones muy ventajosas. De esta manera, recién nacido nuestro biografiado, los Barroso se incorporaron al selecto grupo de las familias más adineradas de la ciudad. A la altura de «La Gloriosa» de 1868 Barroso y Lora se hallaba ya entre los máximos contribuyentes de la provincia. La revolución de 1868 que destronó a Isabel II mejoró aún más su situación, llegando a ser nombrado Rector de la Universidad Libre de Córdoba, institución efímera que se mantuvo en la ciudad andaluza entre 1870 y 1874. Como culminación de su trayectoria, Rafael Barroso llegó a ser diputado nacional durante la Primera República, aunque durante un periodo muy breve.

El papel desempeñado por Rafael Barroso y Lora fue absolutamente determinante para comprender la evolución de la familia a lo largo del siglo XIX. Procedentes de la burguesía profesional media, fueron capaces de aprovechar las circunstancias políticas de la época para, a mediados de la centuria, mejorar sustancialmente su patrimonio. Riqueza material e influencia política serán los dos pilares sobre los que se sustentó el poder de Rafael Barroso y, posteriormente, el de su hijo Antonio. Teniendo en cuenta la privilegiada posición de su padre, no es de extrañar observar cómo la promoción de Antonio Barroso y Castillo fue mucho más veloz y alcanzó cotas nunca antes conquistadas por la familia. Evidentemente hemos de insertar el caso del aquí biografiado en todo un contexto de estrategias de promoción familiar que fueron muy comunes entre la burguesía provinciana del siglo XIX. Únicamente de esta manera es posible entender cómo en apenas tres generaciones los Barroso consiguieron pasar de una posición acomodada pero exclusivamente local a contar con un miembro en el Consejo de Gobierno.

El joven Barroso comenzó a tejer su prometedora carrera desde muy joven. Cursó sus estudios de bachillerato en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Córdoba, donde coincidió como alumno con otros compañeros que llegarían a desarrollar también una carrera política destacada. El que fuera varias veces ministro durante el reinado de Alfonso XIII, Julio Burell y Cuéllar, también cordobés, recordaba en octubre de 1916, a raíz del fallecimiento de Barroso «al amigo de la infancia (...) que, con [José] Sánchez Guerra, corría y soñaba en los claustros del Instituto de Córdoba». Tal y como se relata en la cita anterior, Antonio Barroso y Castillo y José Sánchez Guerra -quien llegaría a convertirse en el Presidente del Consejo de Ministros en los años previos a la dictadura de Miguel Primo de Rivera- entablaron una amistad desde la infancia que se mantendría e incluso intensificaría, como se explicará más adelante, durante el resto de sus vidas.

Barroso continuó sus estudios matriculándose en la Universidad Libre de Córdoba, siendo su padre el Rector en aquel momento. Allí obtuvo su licenciatura en Derecho Civil y Canónico y consiguió rodearse de otros compañeros pertenecientes, como él, a la élite local. Con el objetivo de ampliar aún más su currículum, el joven Barroso marchó a la capital del país para doctorarse en Derecho Civil y Canónico por la Universidad Central de Madrid cuando aún no había cumplido ni siquiera los diecinueve años, hacia 1873. De esta manera, la juventud de Antonio Barroso se

vislumbraba prometedora. Una posición económica y social privilegiada, unida a una formación intelectual brillante, se convertirían en sus dos principales armas para forjar su futuro en la ciudad califal.

Coincidiendo con la vuelta de los Borbones al trono español y, con ello, la instauración de un nuevo régimen político en España, Barroso comenzó a hacer uso de sus relaciones para integrarse en la vida pública cordobesa. La frenética actividad política de los primeros años de la Restauración, en los que se afianzaría el sistema de partidos, propició la introducción de nuestro biografiado en este mundo. Evidentemente, tal y como había hecho su padre, era de esperar que Antonio Barroso dedicase sus esfuerzos a la labor política, principal vía de promoción social para un joven burgués de provincias.

Una vez demostrada su valía intelectual, Barroso debía asentarse en el ámbito local; introducirse en los principales centros de poder político, económico y social de la ciudad para, desde allí, preparar su salto a la política nacional. De esta manera, podría relacionarse con las principales personalidades cordobesas, a la vez que construiría una valiosa red de clientelas que le serían muy útiles una vez en Madrid. Así, en 1875 ingresó en el Colegio de Abogados de Córdoba. A su vez, durante los años siguientes ocupó cargos en las juntas directivas del Casino Industrial, Agrícola y Comercial de Córdoba y del Círculo de la Amistad, uno de los centros culturales y sociales más selectos de la ciudad. También pasó a ser socio de la Sociedad Económica de Amigos del País. De esta manera, apenas unos años después de concluir sus estudios, Barroso era ya una de las figuras jóvenes más relevantes de Córdoba y, gracias a la influencia de su padre, ocupaba destacados puestos que le permitirían codearse con los notables locales.

Iniciada la década de los años ochenta de aquel siglo, nuestro biografiado comenzó a sentar las bases de sus futuros éxitos. Durante los meses de verano y otoño de 1881 coincidieron dos acontecimientos clave en su vida. En primer lugar, se presentó por vez primera como candidato a diputado nacional en las elecciones de aquel mismo año. Y, en segundo lugar, contrajo matrimonio con la que sería su esposa durante el resto de su vida, Rosario Sánchez Guerra.

Refiriéndonos a la primera cuestión, hemos de señalar que, ideológicamente, Barroso demostró un posicionamiento cercano a las tesis más ortodoxas del liberalismo clásico desde su juventud. Firme defensor del librecambismo, hizo gala de este ideario a lo largo de toda su vida. No es de extrañar, pues la propia fortuna de su familia se había gestado gracias a la actividad profesional de sus miembros, así como a los beneficios de sus negocios. En este sentido, los inicios de Barroso en política se produjeron uniéndose a los «progresistas-democráticos», una facción proveniente de los radicales de Cristino Martos. Este sector aún se mantenía beligerante con los preceptos conservadores que articularían el nuevo régimen de la Restauración, y se negaban, pese a los intentos de Sagasta, a integrarse en el Partido Fusionista. Esta resistencia llevó a que los «progresistas-democráticos» de Martos se uniesen en abril de 1880 con los demócratas de Emilio Castelar, naciendo así el «Partido Democrático Progresista», que defendía el modelo republicano y el sufragio universal. Esta nueva formación sería la cuna política de Barroso, aunque en los años siguientes el cordobés iría moderando sus posiciones para acabar siendo un firme defensor del sistema monárquico. Pese a ser esta una tendencia relativamente minoritaria, el joven Barroso - que apenas contaba con 26 años de edad- concurrió como candidato demócrata-progresista por la circunscripción de Córdoba en las elecciones generales de agosto de 1881, quedando en cuarta posición tras los conservadores y los liberales. Aunque no pudo alcanzar el escaño al que aspiraba, quedaba patente su ambición por alcanzar un puesto en el Hemiciclo.



Unas semanas antes de cumplir la edad de 27 años, Barroso contrajo matrimonio con Rosario Sánchez Guerra. De esta manera, el 6 de octubre de 1881 las familias Barroso y Castillo y Sánchez Guerra, dos de las familias más influyentes y mejor situadas de la ciudad, quedaban estrechamente relacionadas por medio de dicho enlace. El joven Antonio estrechaba aún más su vinculación con su amigo José Sánchez Guerra, siendo ahora familia política. Así, la unión vendría a generar una verdadera alianza política entre ambos que aseguró la posición de los dos linajes en la política local y provincial durante las décadas posteriores.

Dado que los resultados de aquellas elecciones de 1881 no habían satisfecho las expectativas de muchos de los miembros del «Partido Democrático Progresista», una facción del mismo decidió escindirse alejándose de los planteamientos más radicales de los seguidores de Manuel Ruiz Zorrilla. Entre estos discolos se encontraba Antonio Barroso, pero también figuras destacadas como Cristino Martos o José Canalejas. Este grupo se integró en 1882 en la Izquierda Dinástica de Francisco Serrano, manteniéndose Barroso en los sectores denominados «demócratas» de la formación, junto a Martos y Eugenio Montero Ríos, con quien mantuvo una estrechísima relación durante toda su vida. En las elecciones generales de 1884 el cordobés volvió a presentarse como candidato a diputado por Córdoba de la Izquierda Dinástica, aunque nuevamente no logró su objetivo. Espoleada por la victoria conservadora en aquellas elecciones, la Izquierda Dinástica se apresuró en integrarse en el Partido Liberal-Fusionista de Sagasta. De esta manera, el líder de los liberales conseguía asimilar para el nuevo sistema a una importante facción de antiguos republicanos que aún seguían defendiendo la vigencia de la Constitución de 1869. En las elecciones de 1886 Barroso volvió a presentarse por tercera vez como candidato a diputado, esta vez por el Partido Liberal-Fusionista, obteniendo por fin su ansiado escaño.

Antonio Barroso se convertía de esta manera en diputado superando apenas la treintena. Tal éxito se produjo, sin embargo, como consecuencia de la renuncia ideológica que tanto él como sus compañeros demócratas-progresistas habían llevado a cabo. Pese a iniciarse en posiciones cercanas al republicanismo, acabó aceptando la monarquía y el nuevo régimen de la Restauración a cambio de obtener una posición social y política destacada. De hecho, durante el resto de su vida sería un firme defensor de la institución monárquica.

### **Labor como diputado y ascenso político (1886-1906)**

El fallecimiento de Alfonso XII en noviembre de 1885 marcó un momento extremadamente delicado para el régimen que estaba aún construyéndose. La desaparición del monarca, que había de ser uno de los pilares sobre los que se sustentase la Restauración, exigía un especial esfuerzo por parte de los principales diseñadores del sistema si querían que este perdurase. Así lo comprendió Cánovas del Castillo, quien cedió el gobierno al Partido Liberal-Fusionista de Sagasta, consiguiendo de esta manera integrar a los opositores y evitar el debilitamiento de su proyecto.

De esta manera, Barroso se incorporaba a la política en pleno «Gobierno Largo de Sagasta» (1885-1890), periodo en el que los liberales pudieron desplegar buena parte de sus propuestas. A partir de 1886 nuestro biografiado dividió sus estancias entre Madrid y Córdoba, con la cual siguió manteniendo una estrecha relación, controlando la situación política y garantizándose en su ciudad natal los apoyos necesarios para las futuras reelecciones.

Desde su llegada al Congreso, consiguió ocupar puestos de relevancia, siendo nombrado miembro de la comisión de actas. Analizando su actividad en esta comisión observamos cómo Barroso, junto a sus compañeros liberales, favoreció la aprobación de las actas de sus correligionarios, aun existiendo sospechas de irregularidades. Los primeros meses del cordobés en el Congreso también sirvieron para demostrar una de las principales fórmulas de actuación de los caciques provenientes de provincias: actuar como correa de transmisión entre las demandas locales y provinciales y el poder central. De esta manera, el poder del cacique residía en sus conexiones - tanto «descendientes», contando con una importante red de clientelas locales, como «ascendentes», codeándose con los grandes oligarcas de los partidos-, las cuales le permitirían intermediar entre ambas dimensiones . Como ejemplo de esto, Barroso expuso toda una serie de peticiones de los maestros y maestras de instrucción primaria y catedráticos del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Córdoba, intentando obtener concesiones que posteriormente repercutirían en mayores apoyos políticos en el municipio.

El joven diputado también se preocupó por participar en comisiones y proposiciones que favoreciesen la llegada de carreteras y vías de ferrocarril a distintos puntos de Andalucía, y en especial a Córdoba. De hecho, tras analizar la obra de Barroso a lo largo de toda su vida política, se ha podido concluir que más de la mitad de las comisiones parlamentarias en las que participó estuvieron relacionadas con la edificación de nuevas vías de comunicación. Esto se debe a la indudable rentabilidad electoral que podía obtenerse al favorecer la llegada de carreteras o, mejor aún, ferrocarriles a distintas localidades. Estos logros permitían un desarrollo local y regional fundamental para el resto de propietarios, ganándose así Barroso su apoyo y el de sus clientelas.

A la vez que hacía méritos para obtener apoyos en Córdoba por medio de su actuación parlamentaria, el diputado andaluz también se preocupó por estrechar su relación con importantes primeras figuras del partido. Eugenio Montero Ríos se convertiría en aquellos años en su principal apoyo. Los propios diarios cordobeses informaban asiduamente de visitas del gallego a la ciudad, donde era recibido por Barroso y por José Sánchez Guerra, o escribían acerca de los veraneos de la familia Barroso en Marín, localidad pontevedresa muy cercana a la residencia de Montero Ríos.

El comienzo de la última década del siglo XIX no fue especialmente favorable para los intereses de Barroso. Las elecciones de febrero de 1891, las primeras que se celebraron mediante sufragio universal masculino en la Restauración, dieron la victoria a los conservadores. En Córdoba, nuestro biografiado no consiguió obtener su escaño, ya que fueron elegidos Rafael Conde y Luque y Santos de Isasa por parte del Partido Conservador, y Antonio Garijo Lara por parte del Partido Liberal-Fusionista. Al parecer los apoyos de Barroso en la ciudad aún no eran lo suficientemente estables como para garantizar su reelección sin mayores contratiempos. Sin embargo, en verano de 1892 los dos diputados conservadores renunciaron a su puesto -en el caso de Santos de Isasa se debió a su nombramiento como Gobernador del Banco de España -, lo que propició la celebración de unas elecciones parciales el 5 de junio, en las que Barroso esta vez sí consiguió recibir los apoyos necesarios para volver a sentarse en el Hemiciclo.

Seguiría actuando como portavoz en el Congreso de algunos intereses locales, como por ejemplo poniendo en marcha una petición para que los trenes que realizaban el recorrido de Córdoba a la región minera de Belmez partiesen de la Estación Central de la ciudad, y no de la de Cercadilla, a la que calificó de «mala barraca de madera». Sin embargo, aunque estas tareas le granjearían sin lugar a dudas apoyos en la ciudad, Barroso también consiguió durante esta década importantes éxitos profesionales. En diciembre de aquel mismo año de 1892, y aprovechando que al frente del Ministerio de Gracia y Justicia se hallaba su buen amigo Eugenio Montero Ríos, el

diputado cordobés fue nombrado por el ministro Director General de Establecimientos Penales. Barroso tuvo que hacer frente a la penosa situación en la que se encontraban las prisiones españolas de la época, carentes de una organización moderna y absolutamente degradadas. Al frente de este cargo fue capaz de reducir la mortalidad de los reos, impulsó la construcción de locutorios y apoyó la puesta en marcha de talleres que permitiesen a los presos desarrollar actividades productivas, aunque lamentó en el propio Congreso la falta de interés y predisposición de la mayor parte de las prisiones en este sentido.

En las siguientes elecciones generales volvió a obtener sin mayores problemas su escaño, incluso llegando a ser el candidato más votado en Córdoba, como en 1893, lo que evidenciaba su fortalecimiento y el de sus seguidores. De hecho, ya no lo perdería hasta su fallecimiento en 1916. Su posición era ya la de un verdadero cacique, capaz de controlar no solo a sus clientelas en la capital de la provincia, sino también en otros municipios.

Continuando con sus éxitos en Madrid, en noviembre de 1894 abandonó el cargo de Director General de Establecimientos Penales para ser nombrado Director General de Correos y Telégrafos. En este puesto, que también recibía la denominación de «Dirección General de Comunicaciones», Barroso desarrolló una labor muy destacada. El principal reto que tuvo que enfrentar fue la carencia de medios. Sus esfuerzos se centraron en mejorar el tendido telegráfico que atravesaba la Península y favorecer algunas demandas de los familiares de trabajadores del cuerpo de telégrafos fallecidos. Aunque abandonó el cargo en 1895 con la vuelta al poder de los conservadores, en 1897 volvería a ocuparlo hasta 1899, teniendo que hacer frente a las dificultades presupuestarias derivadas del Desastre de 1898.

Dos años después, en la primavera de 1901, el cordobés consiguió ser nombrado Gobernador Civil de Madrid hasta diciembre de 1902, momento en que los liberales fueron desalojados del poder en favor de los conservadores. Quien sustituyó a Barroso en aquel año como nuevo Gobernador Civil de Madrid no fue otro que su cuñado y amigo José Sánchez Guerra, que acababa de abandonar el Partido Liberal para unirse a los conservadores, como también hizo Antonio Maura. Este acontecimiento supuso una nueva etapa en el reparto del poder en Córdoba, quedando de esta manera como principales líderes de ambos partidos los dos amigos y familiares citados. De esta manera, desde principios de siglo consiguieron controlar el espacio político cordobés en una alianza que fue señalada por algunos diputados como el republicano Rodrigo Soriano. El reparto ordenado del poder entre los dos grandes partidos del sistema, principio básico de la Restauración, quedaba absolutamente consagrado en el caso cordobés.

Como Gobernador Civil de Madrid, Barroso tuvo que defender su gestión durante el tiempo en que ocupó el cargo. Su actuación fue cuestionada en repetidas ocasiones por diferentes miembros de la oposición. En noviembre de 1901, un ya sexagenario Francisco Romero Robledo insinuó que la policía de Madrid pudo haber sido cómplice de la manipulación de las actas electorales de la capital durante los comicios de mayo de aquel año. Barroso tan sólo se limitó a manifestar su desconocimiento y, en general, tendía a evitar los enfrentamientos directos con otros diputados. Su estilo parlamentario se caracterizó a lo largo de toda su carrera por ser pausado y sereno, aunque, como veremos, llegó a vivir momentos de gran presión.

En abril de 1902 se llegó a acusar a la policía madrileña de estar integrada por antiguos criminales que permitían la delincuencia en las calles y que el máximo responsable de esto, Antonio Barroso y Castillo, no era capaz de controlar la situación. En noviembre se acrecentaron las críticas cuando el diputado del Partido Republicano Radical Rodrigo Soriano expuso en el Congreso que el Gobernador Civil de Madrid había promovido tratos de favor en la policía y



complicidad con el juego ilegal. Empezaba de esta manera una enemistad entre ambos políticos que terminaría de estallar una década después, en 1912, cuando Soriano realizó acusaciones gravísimas sobre Barroso, como se expondrá más adelante.

Tras su experiencia como Gobernador Civil, nuestro biografiado alcanzó en junio de 1905 el cargo de Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, estando al frente del Consejo de Ministros su buen amigo Montero Ríos. En estos años centrales de la primera década del siglo XX el Partido Liberal-Fusionista vivía momentos delicados. La muerte de Sagasta en 1903 había provocado un verdadero cisma dentro de la formación, enfrentándose por controlarla los principales prohombres del partido. Entre ellos destacaban Eugenio Montero Ríos y Segismundo Moret. Barroso, junto a otros como Manuel García Prieto -yerno del propio Montero Ríos- o José Canalejas -aunque con algunas reticencias ideológicas- apoyaron al gallego, lo cual les ayudó a promocionar cuando este se erigió como líder. Nacía de esta manera la «facción liberal-demócrata», que seguiría manteniendo cierta unidad durante los años siguientes. Con la consecución de este cargo de Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, Barroso dejaba preparado su camino para acceder en breve a alguna cartera ministerial, llegando a puestos de máxima responsabilidad a los que habría de enfrentarse.

### **Culminación de la carrera política: la obtención de carteras ministeriales (1906-1916)**

La etapa final de la vida de nuestro biografiado estuvo marcada por su participación en diferentes gobiernos liberales, ocupando hasta tres cargos ministeriales distintos entre los años 1906 y 1916.

Hasta junio de 1906 Barroso siguió desarrollando su actividad como Subsecretario de Gracia y Justicia, pese a que en noviembre del año anterior el Gobierno de Montero Ríos cayese como consecuencia de los acontecimientos del ¡Cu-Cut! Desde entonces gobernaba Segismundo Moret, quien no destituyó a Barroso pese a estar ligado a la facción contraria. Ciertamente, Barroso fue capaz de mantener una relación amigable con los diferentes líderes del partido durante toda su vida, de tal manera que su carrera política no sufriese contratiempos. De hecho, el propio Moret fue quien nombró al cordobés ministro de Gracia y Justicia el 30 de noviembre de 1906 durante uno de sus efímeros mandatos, dimitiendo como presidente del Consejo de Ministros cuatro días después. Le sucedía al frente del Gobierno a principios de diciembre el anciano Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo, uno de los caciques más destacados de la provincia cordobesa y rival de Barroso por el control de las clientelas liberales. Pese a las diferencias existentes, Aguilar y Correa decidió mantener en su puesto de ministro a Barroso, intentando de esta manera asegurar la unidad del partido al dotar a las diferentes facciones del mismo de determinados puestos de poder en el Gobierno, estabilizando así el equilibrio interno.

Nuestro biografiado ocupó esta cartera durante apenas dos meses, desde el 30 de noviembre de 1906 hasta el 25 de enero de 1907. Sin embargo, supo aprovechar la ocasión para beneficiar a sus afines. Apenas una semana después de tomar posesión nombró como nuevo Subsecretario de Gracia y Justicia -el cargo que él había ocupado hasta entonces- a Eugenio Montero Villegas, hijo de Eugenio Montero Ríos.

El Gobierno del marqués de la Vega de Armijo dio paso a un prolongado mandato de los conservadores, liderados por Antonio Maura. Este, sin embargo, caería como consecuencia de la

Semana Trágica de Barcelona de 1909, sucediéndose un nuevo Gobierno liberal presidido por Moret. Nuevamente, Barroso contó para los planes del líder liberal, siendo nombrado ministro de Instrucción Pública, cargo que mantuvo hasta la sustitución de dicho Gobierno por el de Canalejas en febrero de 1910. Al frente de este ministerio impulsó dos medidas fundamentales muy aplaudidas por sus compañeros y parte de la oposición. En primer lugar, promovió un sistema de ascensos para los maestros en sus propias escuelas -lo que recibió el nombre de «escalafón de los maestros»-, que permitió dotar de cierto carácter de permanencia a las mismas al hacer que los docentes se identificasen más con ellas y prosiguiesen su labor en periodos de larga duración. En segundo lugar, se creó el «Patronato Nacional de Sordomudos, Ciegos y Anormales», una institución que asumía la imperiosa necesidad del Estado de encargarse de promover la inserción de personas discapacitadas. En un contexto marcado por el desarrollo de las políticas públicas de acción social y beneficencia, este organismo pretendió impulsar los estudios estadísticos sobre el colectivo de personas sordomudas, ciegas y discapacitadas mentales, y promover su mejora en cuestiones relacionadas con la higiene, la enseñanza y la tutela social.

Tras abandonar la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes volvería a ser llamado a ocupar un ministerio en abril de 1911, esta vez por Canalejas. Su nuevo destino sería nuevamente el ministerio de Gracia y Justicia, sustituyendo a Trinitario Ruiz Valarino -que pasaba a Gobernación- en un momento de reestructuración gubernamental. Apenas transcurrido un mes, Ruiz Valarino se ausentó temporalmente de su cargo, por lo que Barroso fue nombrado interinamente ministro de la Gobernación, ocupando dos ministerios al mismo tiempo. Este primer contacto con la cartera de Gobernación le permitió prepararse para liderarla a partir del 29 de junio de aquel año, en que abandonaba Gracia y Justicia para dedicarse exclusivamente a un ministerio plagado de problemas. Durante aquellos años se vivieron momentos de gran conflictividad obrera, repitiéndose huelgas masivas que hacían peligrar la estabilidad del Gobierno. Barroso afrontó la problemática desde una perspectiva paternalista con respecto al proletariado que coincidía con la visión armnicista de Canalejas. Desde el ministerio se favoreció la negociación colectiva y el intento de hallar acuerdos entre la patronal y los sindicatos, con el objetivo final de evitar que la conflictividad pudiese derivar en estallidos de violencia revolucionaria.

Junto a las preocupaciones propias de los quehaceres ministeriales, Antonio Barroso tuvo que afrontar durante su estancia en el ministerio la que seguramente fue la etapa más complicada de toda su carrera política. Desde la primavera de 1912 se inició una verdadera pesadilla para el cordobés. Su compañero de partido, Rafael Gasset, le acusó por medio de un artículo de prensa de haber aprovechado su cargo de ministro de Gracia y Justicia durante el Gobierno del marqués de la Vega de Armijo en diciembre de 1906 y enero de 1907 para favorecer a su cuñado José Sánchez Guerra.

Para entender la situación hemos de retrotraernos a mayo de 1901, cuando Sánchez Guerra luchaba por obtener su escaño por la circunscripción de Cabra (Córdoba). En aquel entonces competía directamente con Martín Rosales y Martel, el candidato apoyado por el marqués de la Vega de Armijo y por el marqués de Cabra. Los comicios terminaron por darle una ajustada victoria a Sánchez Guerra, aunque ambos candidatos denunciaron coacciones y otras irregularidades impulsadas por su contrario. Martín Rosales denunció que se habían añadido votantes falsos para Sánchez Guerra, cuestión que no fue aceptada por el Congreso, llegando a tomar posesión de su cargo el cuñado de Barroso. Durante los años siguientes, este caso se convirtió en uno de los grandes ejemplos de corrupción electoral, resucitando el tema liberales y republicanos en diversas ocasiones. Pese a que los hechos se produjeron en 1901, el juicio para

dictaminar si existió o no falsificación de actas se pospuso hasta diciembre de 1906, coincidiendo sospechosamente con la recién llegada de Antonio Barroso al ministerio de Gracia y Justicia. El juicio concluiría sin dictaminar culpabilidades, quedando Sánchez Guerra libre de toda carga.

En abril de 1912 volvía a reabrirse la cuestión cuando el diputado liberal-fusionista Rafael Gasset publicó un polémico artículo en el periódico *El Imparcial* titulado «Fiscales parlamentarios». En él exponía cómo Sánchez Guerra habría utilizado sus influencias para retrasar el juicio durante cinco años; además, acusaba a Barroso de haber intercedido en el mismo para conseguir que el fiscal, allegado suyo y de Sánchez Guerra, retirase la acusación. Por si fuera poco, Gasset exponía cómo varios testigos afirmaban que el entonces ministro de Gracia y Justicia habría organizado una reunión en su domicilio de Madrid en la que congregó a los implicados en el caso. En este encuentro se habría acordado que los acusados de haber falsificado las actas -colaboradores de Sánchez Guerra- aceptarían su culpabilidad ante el marqués de Cabra, lo cual sería respondido por este con una petición a la Audiencia de Córdoba de suspender el juicio al verse satisfecho por la confesión. De esta manera, la Audiencia terminó por dictaminar el sobreseimiento y todos los acusados quedaron sin cargos y libres.

Las acusaciones eran realmente graves y pusieron entre la espada y la pared al entonces ministro de la Gobernación. El propio Gasset denunció en el Congreso cómo habría aprovechado su condición de ministro de Gracia y Justicia para ordenar el traslado de dos fiscales anteriores al que pudieron influir dado que no aceptaron las presiones que él y Sánchez Guerra ejercieron. Además, el fiscal que finalmente pidió la retirada de los cargos fue sospechosamente ascendido a juez un tiempo después, según Gasset. La imagen de Barroso estaba absolutamente deteriorada, lo cual fue aprovechado por el diputado lerrouxista Rodrigo Soriano para acusar a Barroso de otras irregularidades. Describió cómo habría utilizado su influencia para conseguir que sus colaboradores en Córdoba pudieran desarrollar juegos ilegales sin ser perseguidos por ello. También le acusó de intermediar en la justicia para evitar que un colaborador suyo apodado «El Estanquerito» fuese encarcelado al comprobarse que había amañado elecciones en favor de Barroso. Además, expuso cómo sus colaboradores y clientelas en Córdoba habrían coaccionado en numerosas ocasiones a funcionarios para conseguir financiación para homenajes en honor de su persona. Todas estas duras acusaciones no pudieron ser desmentidas de manera tajante por el cordobés, que dio una imagen de debilidad ante la oposición -que exigía su dimisión y le calificaba de «cacique»- y ante sus propios compañeros. Aunque mantuvo el cargo de ministro de la Gobernación durante unos meses más, aprovechando que durante el periodo estival se redujo la presión parlamentaria, había quedado muy desgastado.

El asesinato de Canalejas en noviembre de aquel año conllevaría la llegada al poder del conde de Romanones, otro de los grandes prohombres del partido. Este mantuvo a Barroso en el cargo hasta final de año, cuando impulsó una remodelación del Ejecutivo que volvió a destinar al cordobés a la cartera de Gracia y Justicia por tercera vez. Sin embargo, en mayo de 1913 Romanones incluyó a Rafael Gasset en el Gobierno como ministro de Fomento, lo cual fue el detonante para que Barroso decidiese presentar su dimisión. Tras la campaña que Gasset había iniciado un año antes contra él, se había convertido en un verdadero enemigo personal, por lo que era impensable para nuestro biografiado trabajar a su lado.

Durante los años siguientes se hizo patente la división interna existente en el Partido Liberal entre los seguidores de Romanones y el sector liberal-demócrata que se había constituido desde muchos años atrás en torno a Montero Ríos. A la altura de 1914 era Manuel García Prieto la figura más destacada de esta facción -como consecuencia del fallecimiento de Montero Ríos-, a la cual

Barroso se unió de manera decidida. Hasta tal punto se había producido la ruptura que en las elecciones de aquel año Barroso acudió a los comicios como candidato de los liberales-demócratas, y se convirtió en el portavoz de esta minoría parlamentaria mientras García Prieto obtenía su puesto como senador.

Pese a los problemas internos vividos en 1914, al año siguiente Antonio Barroso supo limar asperezas y retomar su relación con Romanones, quien le premió con la cartera de Gracia y Justicia, una vez más, en diciembre de 1912. Sin embargo, antes de cumplirse un año desde su nombramiento la muerte le sorprendió en San Sebastián a la edad de 61 años, el 7 de octubre de 1916.

### **Córdoba despide a un cacique**

Debido a su fallecimiento en San Sebastián, el funeral de Antonio Barroso y Castillo no pudo celebrarse en Córdoba, aunque el Ayuntamiento de la ciudad y el Cabildo Catedralicio decretaron exequias fúnebres en su honor el 16 de octubre en la Mezquita-Catedral de la ciudad. El entierro de nuestro biografiado se produjo en la propia ciudad de San Sebastián, acudiendo a la cita importantes personalidades como el infante Luis Fernando -en representación del Alfonso XIII-, el Presidente del Senado -su amigo Manuel García Prieto-, su cuñado José Sánchez Guerra o el hijo de Eugenio Montero Ríos, Eugenio Montero Villegas. Fue enterrado finalmente en el panteón familiar de los Vega de Seoane debido a que Antonio Vega de Seoane, uno de los ingenieros de minas más destacados del país, era el esposo de su hija Emilia.

Pese a su muerte, la influyente figura de Barroso perduró en Córdoba durante mucho tiempo. En junio de 1917 el Ayuntamiento aprobó la creación de una escultura sufragada por suscripción popular en su honor, realizada por el famoso artista cordobés Mateo Inurria. Se inauguró el 24 de octubre de 1918 en un acto en el que participaron ilustres personalidades como el alcalde José Sanz, Manuel García Prieto, José Sánchez Guerra, Torcuato Luca de Tena y sus hijos Eugenio y Antonio, además de representantes de las principales corporaciones e instituciones de la ciudad. Aunque oficialmente parecía existir consenso en torno a la valoración positiva de su figura, lo cierto es que Barroso era considerado por buena parte de la población cordobesa como un cacique que utilizó su influencia para su propio beneficio, y que de esta manera sustentó un sistema que sometía a las clases populares a los intereses de la élite política y social de la provincia. Posiblemente no exista una forma más evidente de señalar esto que atendiendo a los hechos que se produjeron en la ciudad apenas cuatro meses después de la inauguración del conjunto escultórico. El 17 de febrero de 1919, en el contexto del «Trienio Bolchevique» (1918-1921) que describiera el historiador cordobés Juan Díaz del Moral, se organizó una manifestación obrera al calor de las agitaciones que vivió Córdoba en aquellos años. Los manifestantes, al grito de «¡Mueran los caciques!» y «¡Viva Andalucía libre!» concluyeron la movilización dirigiéndose al monumento y destrozando a pedradas y decapitando las esculturas que lo componían.

En relación a sus descendientes, tras su muerte en 1916 algunos de sus hijos consiguieron mantener el estatus social de la familia. Destacamos en este sentido a su hijo Eugenio Barroso y Sánchez Guerra (1890-1954), que fue apoyado por su padre para conseguir su elección como diputado en 1915, 1916 y, posteriormente, en 1923. Con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, pasó a ocupar cargos muy destacados en la Compañía Telefónica Nacional de España. Al

estallar la Guerra Civil apoyó al bando sublevado. Junto a Eugenio, también hemos de señalar a su otro hijo, Antonio Barroso y Sánchez Guerra (1893-1982), militar de carrera que ascendió de manera fulgurante y que durante la Guerra Civil española apoyó el golpe de estado, poniéndose a las órdenes de los sublevados. En 1955 llegó a ser nombrado Teniente General y desde 1957 a 1962 fue ministro del Ejército y procurador en Cortes en varias ocasiones.

## **Reflexiones finales**

El presente estudio sobre la figura de Antonio Barroso y Castillo nos permite entender los momentos fundamentales de su vida y obra política, así como extraer elementos explicativos de cómo se produjo el ascenso social de la burguesía media provinciana durante el régimen de la Restauración.

La promoción social, económica y política de la familia Barroso hasta introducirse en las élites nacionales se produjo en apenas tres generaciones, como se ha demostrado en el presente trabajo. Sin ninguna duda, el papel jugado por Rafael Barroso y Lora fue determinante, pues consiguió consolidarse él y sus descendientes en las principales instituciones locales además de incrementar sustancialmente el patrimonio familiar, preparando así el camino de su hijo hacia la política nacional. Para ello resultó absolutamente esencial la relación interpersonal de Antonio Barroso con elementos preeminentes de la política nacional -en especial con Montero Ríos- a cuyo amparo pudo promocionar, generándose unas vinculaciones de verdadero clientelismo que perdurarían a lo largo de toda su vida.

Su enlace con Rosario Sánchez Guerra evidencia, por su parte, un claro ejemplo de estrategia de promoción social que le permitió estrechar lazos con José Sánchez Guerra y, de esta manera, asegurar el control político de Córdoba entre ambos. Su dominio de la ciudad y de diversas localidades de la provincia se llevó a cabo desarrollando actividades caciquiles que le aseguraron los apoyos electorales necesarios para mantenerse en el poder, e incluso llegó a utilizar medidas de coacción para obtener sus objetivos. Tampoco dudó en aprovechar su posición privilegiada en el Gobierno para su propio beneficio o el de sus allegados.

En relación a su actividad parlamentaria, como hemos descrito a lo largo de este trabajo, Barroso actuó como intermediario entre las demandas locales y provinciales y el poder central, lo que beneficiaba a estas y, a la vez, le confería a él un reconocimiento y unos apoyos esenciales para su continuidad en la política.

Transcurrido más de un siglo desde su muerte, la figura de Antonio Barroso y Castillo aún merece ser analizada en mayor profundidad. Este ha sido el fin último de este trabajo: arrojar luz acerca de su trascendencia histórica y ahondar en las formas en que la burguesía profesional provinciana del siglo XIX ascendió socialmente durante la Restauración.